

Pina Criscuolo se va

por Angel Rama

## Una actriz italo-uruguaya

—V de estos ocho años pasados en Montevideo, ¿qué queda?

—Queda la grande, grande lección de humanidad que me dieron los uruguayos. Tuve amigos, compañeros de trabajo, casas abiertas, salidas que me llamaron. Tuve amigos! Pero Rina, ¿cómo no se da cuenta?: yo soy una extranjera. ¡No ponga cara de asombro! No es normal recibir así a un extranjero. A veces pienso que hubiera sido de mí estos ocho años si hubiera ido a Alemania, o aquí cerca, a la Argentina. Hace unos días hice un viajecito. Cuando salía de casa con las maletas, un viajecito que debe tener un negocio por la calle San José, me detuvo preguntándome: "Perdone, ¿usted es ésta, la Pina?" y me mostraba el recorte de un artículo que me hiciera Craven y que llevaba guardado en la billetera y me preguntaba si me podía llamar Pina. Ustedes no se dan cuenta de lo que eso significa.

—Puede ser, Pina, pero esa acogida no es para todos, es selectiva.

—No habla bromas, Rama. Una amiga me decía hace unos días: Ahora que se va, aquí se va a dar cuenta de lo que se pierden y se lamentarán. Pero que, le contestaba yo, si conmigo los crió a a probar de los amigos, los amigos (fereces, han sido increíblemente cordiales.

—Bueno Pina, pero es que aquí la hemos hecho actriz de habla española.

—Eso sí, ya le dije a Marcello, y a Caracas soy como actriz italo-uruguaya, y me llevo en la valija las dos obras que sé que quedaron aquí —y se señala la garganta— y no puede hacer: la *Vieja dama de Dürrenmatt* y *¿Quién le teme a Virginia Woolf?*

COMO conocido bien los orígenes de Pina Criscuolo, actriz en lengua española, porque fue la mejor actriz posible para el papel ("Tengo la mejor actriz posible para el papel" había dicho Muñoz, "pero no habla español"), como aprendió el fabuloso tesón con que no sólo se apropió un papel, sino que se apropió de memoria su expresión fonética y su pauta rítmica dedicando diez horas diarias al trabajo, nos ponemos a recordar sus otras tareas interpretativas.

Cuando Teco me llamó para la casa de Bernarda Alba, invitó a Esmeralda Escuder a un ensayo. No me pude olvidar de aquella reunión de los tres alrededor de una mesa, sobre el escenario, y yo alterada como un niño en la roña de vergüenza, repeliendo "blanco, blanco, blanco" delante de Esmeralda que decía: Ustedes los italianos hacen las a abiertas, blaasoo. Y Teco que me decía: No se preocupe, Esmeralda es así. Seguiré por la confianza que le tenía: el primer espectáculo que vi en Montevideo fue *Doña Rosita la Soltera*.

—¿Cómo fue eso?

—Fue a través de ir al teatro; no entendía el idioma. Un día aparecieron a verme Carmucha y Tito Giorgi. Fue en la redacción de la Agencia de Marcello. Hicimos una reunión muy cumplida de sus. Querían conocerme, me invitaron a ver el Lorca. Así empezó mi amistad con el teatro uruguayo.

—¿Obras interpretadas?

—En español la de Maggi. La noche de los legules inciertos. La rosa tatuada, ambas diri-

gidas por Yáñez, Los papeles de Aspern y La Mamama, dirigidas por Otero, La gran oreja con Brenta y A pico seco, en el TCM. Y los recitales: comencé haciendo el Llanito por Sánchez Mejía, mi primer intento español.

—¿Por qué vino a Montevideo?

—Por lo mismo que me voy a Caracas: por ser la esposa de un periodista. Revisando esos papeles viejos me encontré con una nota de Cebalás, en 18 y Andes, muy cariñosa para mí, que debe haber escrito cuando yo recién empuñaba, y donde recorda que yo soy la esposa de un periodista, que ellos son gentes ambulantes.



tes, y que cualquier día Montevideo me perdería. Así se cumplió, exactamente. Como me asombra, Rama, lo que la gente sabe y yo sobre mí, sobre mi destino; lo que yo misma nunca sé.

(A mí me asombra, siempre, el espectáculo de esa otra Pina, fuera del escenario: esa suerte de inocencia que está bajo el fuego de su temperamento meridional, esa gracia sencilla como de mujer de pueblo. Me cuenta una anécdota de su primer tiempo en Montevideo, haciendo espectáculos italianos, que da integra su persona).

—Mí personaje en *Pasepelegia del diavolo* era difícil, una alcoholista, neurótica, un papel muy dramático, muy distinto de los papeles cómicos que yo hacía, y tenía pánico. El subdirector, tres días antes, me dijo de pronto: "tu sei un po' esgna, sa?" (¿Para qué! Viví aterrada. Porque ustedes me ven así y no se dan cuenta de que soy muy tímida. El día del estreno estaba espantada. Salí de casa para el teatro y me paré en una esquina oscura, decidida a no estrenar: me puse a esperar una bicicleta, para tirarme debajo. Sí, una bicicleta: a no quería morir; quería lastimarme un poco para no tener que representar. Durante quince minutos pasaron autos y ninguna bicicleta, y en esos quince minutos pensé en todo

el tiempo que había perdido ensayando y en lo cobarde que era. Fui al teatro. Entré a escena temblando y a la primera réplica el público soltó una carcajada. Quería morir, pero entonces me vino esa fuerza oscura que le sale al actor de no se sabe dónde y me largué al parlamento. Cuando terminé, sentí el silencio, y qué júbilo, Rama; psabé?, cuando el actor siente que lo tiene al público; cuando dice "gambé", "es mío", ese juego de azar del teatro; había vuelto a ganar. Dios mío. Después pensaba: ¿y si hubiera venido la bicicleta?

—Pina se va, luego de su recital del lunca uruguayo, y es verdad que se va una actriz italo-uruguaya, que es casi como decir dos veces uruguayo, y se va una grande actriz y un extraño y admirable ser humano y una amiga y una compañera de trabajo leal y tesonera y es casi imposible decirle adios.